

IV

El baile del oso.

¿Han visto ustedes cosa más desairada que un oso bailando?

Pues la hay; si no más, tanto, por lo menos: y es un escritor soso queriendo hacer gracia.

Dos ejemplares tenemos en España bien definidos á la hora presente, dos escritores genuinamente sosos, de sosura neta é indismulable, que son D.^a Emilia y D. Benito, y los dos se mueren por cultivar el chiste.

¡Ay, y los dos le cultivan con tan mala fortuna!...

Á la Sra. Pardo, una vez que quiso remedar el lenguaje gracioso de los niños, no se la ocurrió sino hacer que una niña llamara á una ermita *casa papa selo*.

Otra vez se la antojó un diminutivo y... ya se sabe que D.^a Emilia, cuando se la an-

toja una cosa literaria, la coge sin escrúpulos de donde la ve, como si no existiera el sétimo mandamiento de la ley de Dios. Pero hasta para plagiar se necesita discreción; y si no, que lo diga el otro cuervo de la otra fábula.

El caso es que el P. Coloma nos había presentado con admirable naturalidad unas niñas sevillanas que, habiendo comenzado por llamar á su tía «*tita Rosa*», habían concluído por llamarla «*titi Rosa*» y «*titi*».

Y... ¿qué hace D.^a Emilia?... Pues va y trasplanta la monada andaluza nada menos que á la *pruvincia* de *Puntevedra*, y hace que un gallegote basto y cursi, estudiante de Caminos, al hablar de la mujer de un tío suyo, diga «mi *titi*».

¡Vamos!... que hay para pegar un tiro al estudiante, y otro á su tía, y... no digo que otro á la autora, porque sería darla un castigo demasiado trágico. Bastante es dejarla que sea objeto de la pública hilaridad, como fué ludibrio de los pastores el cuervo aquel enredado en la lana del carnero que quiso levantar en el aire, por haber visto al águila hacer la misma operación con un corderillo.

Pues D. Benito Pérez Galdós, que también es de lo más soso y desgarbado que se conoce, anda también metido en el empeño de ser

gracioso y... creo que se va á salir con la suya; porque la verdad es que en la última tentativa ya resulta, de puro desgraciado, graciosísimo.

El hombre se debe de haber ya desengañado de que para el teatro no le llama Dios, ni el diablo siquiera, y repitiendo aquello de «zapateros solíamos ser, volvámonos á coser», ha vuelto á escribir novelas latas.

Verán ustedes cómo empieza la última:

«Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián...»

¡Olé la gracia!...

«Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián... mejor será decir la iglesia...»

Pues dígalo usted, ó hubiéralo usted dicho. ¿Quién se lo quitaba?...

Aparte de que la iglesia referida no tiene dos caras, sino tres, la de la calle de Atocha, la de la calle de las Huertas y la de la calle de San Sebastián, ó sean la del Mediodía, la del Norte y la del Poniente, donde también tiene puerta, aunque está cerrada.

Siga D. Benito diciendo agudezas:

«...dos caras que seguramente son más graciosas que bonitas.»

Bonitas no serán, pero graciosas... tampoco. ¿De dónde saca D. Benito que tienen gra-

cia aquellas fachadas?... La misma gracia tienen que D. Benito aproximadamente...

Vamos, siga D. Benito derramando sal... ó lo que sea:

«Habréis notado en ambos rostros (hemos quedado en que son tres) una fealdad risueña del más puro Madrid...»

No, señor; no hemos notado semejante cosa...

¿De dónde sacará este hombre que la fealdad exterior de la iglesia de San Sebastián es risueña? Como no llame risueño á lo triste, acaso para que también á él le llamen risueño...

«En la cara del Sur campea sobre una puerta *chabacana* (D. Benito la confunde seguramente con alguna descripción) la imagen *barroca* del santo martir en actitud más bien danzante que religiosa...»

¿De veras?..

En primer lugar, D. Benito no sabe ni puede saber lo que es actitud religiosa, porque no conoce la Religión.

Y luego... ya se explica bien que D. Benito no dé pie con bola describiendo iglesias é imágenes.

Porque ni la puerta á que se refiere D. Benito es *chabacana*, sino sencilla, ni la imagen tiene nada de barroco. Representa al santo

en el momento de ser asaeteado, amarrado al tronco de un árbol y mirando al cielo, de donde baja un grupo de ángeles á ponerle la corona del martirio.

¿Qué tiene esta actitud de *danzante*?..

Y sigue diciendo D. Benito:

«...en la (cara) del Norte, desnuda de ornatos, pobre y vulgar, se alza la torre...»

No es verdad. La torre se alza en la cara del Poniente, que D. Benito ha suprimido para hacer el chiste aquel de «*dos caras*, como algunas personas», ó lo que por lo menos él buenamente creará chiste. Entre la torre y la fachada del Norte están la capilla de la Novena y unas habitaciones con luces á la calle de San Sebastián, al Poniente, que es adonde da el único muro visible del tercio inferior de la torre.

Quedemos, pues, en que ni en lo material de la descripción sabe D. Benito por dónde anda, y repitamos:

«...en la (cara) del Norte, desnuda de ornatos, pobre y vulgar, se alza la torre, de la cual *podría creerse* que se *pone en jarras* soltándole *cuatro frescas* á la plaza del Angel...»

No, señor. Eso no se podría creer nunca... ¿Por qué había de poderse creer ese disparate? Usted lo podría creer acaso, porque es propio de los que no creen lo que nuestra

Santa Madre la Iglesia Católica nos enseña, creer luego en agüeros y en tonterías; pero los demás nunca podríamos creer eso de las *jarras* y las *frescas* de la torre.

Porque no hay motivo ninguno para creerlo, pues la torre es sencilla, cuadrangular, está cubierta por una montera de pizarra, como tantas otras, sin tener nada de raro absolutamente.

Otro párrafo:

«Por una y otra banda *las caras* ó *fachadas* tienen *anchuras*, quiere decirse, patios...»

Pues repito lo de antes. Si quería usted decirlo, ¿por qué no lo dijo usted? La mejor manera de querer decir las cosas crea Ud. que es decirlas.

Verdad es que de todos modos estaba mal, porque los patios no los tienen las *caras*, sino el edificio por una y otra banda.

Y diciendo que las *caras* tienen *anchuras*, parece como que las caras son anchas.

Otro golpe:

«Feo y pedestre como un pliego de aleluyas ó como los romances de ciego (ó como una novela de quien yo me sé, aunque no tan pesado ni con mucho) el edificio bifronte (no, señor, trifronte) con su torre *barbiana*...»

Lo mismo podía haber dicho *climutérica* ó *recalcitrante*...

Por este estilo sigue D. Benito describiendo la iglesia, y habla de los pobres que están á la puerta pidiendo limosna, y llama *feroces alimañas* á las pulgas, con otros golpes de gracia al símil.

Pero cuando D. Benito se pone sandunguero de verdad y llega al *disloque* en materia de gracia y de chiste, es cuando nos presenta «un ciego entrado en años, *de nombre Pulido*» (lo cual no debe de ser verdad, porque Pulido sería el *apellido*, si acaso, no el nombre), y le hace hablar á su manera, largo y tendido.

¡Qué fecundidad la de D. Benito, y qué inventiva y qué gracia!...

Y es que las logias le han hecho á D. Benito la reputación, pero no han podido hacerle el numen.

¡Con qué propiedad y con qué ingenio inventa D. Benito las pláticas del pobre ciego entrado en años!...

Verán ustedes lo que ha discurrido Don Benito, él solo:

«Y todo es por tanto pillo como hay en la política *pulpitante*...»

¿Les parece á ustedes?... *Pulpitante*...

No, hombre, no; así no dice ningún pobre... ni ningún rico, por zafio y arrimado á la cola que sea.

Dirá *parpitante* un zafio, en vez de decir *palpitante*; pero *pulpitante* á nadie se le ha ocurrido hasta ahora.

Este D. Benito cree que la gente del pueblo desfigura las palabras á capricho y sin tendencia alguna... No lo entiende usted, D. Benito. Los pobres tienen mucho más discurso y más filosofía que muchos que no lo son.

Y continúa D. Benito hablando como el pobre, ó como él se figura que habla el pobre:

«Pero liberales por un lado, el *Congrioso* dichoso, y por otro las *congrigaciones*, los *metingos*...»

¡Por Dios, D. Benito!... ¿Qué *metingos* ni qué niño muerto?... Un pobre zafio, si ha visto escrito *meeting*, al decirlo en plural, dirá *metinges* cuando mucho; y si ha oído pronunciar *mitin*, tampoco podrá llegar de ahí á *metingos*...

Ni menos dirá *congrigaciones*, por congregaciones. De decir mal, dirá *congrigaciones*. Pero... ¿*congrigaciones*?

Para escribir en palurdo, lo mejor es observar y copiar; y de inventar algo se ha de inventar con sentido común, haciendo palabras de pronunciación más fácil que las legítimas, que es lo que hace el vulgo.

Pero inventar *congrigaciones*, que es más

difícil de decir que congregaciones, no se le ocurre á ningún cristiano.

¡D. Benito, D. Benito!...

¡Ay, qué *congrio*... *gaciones*!

Se me olvidaba decir á ustedes que la novela se titula *Misericordia*.

Téngala Dios de D. Benito.

Academiquerías.

Ya saben ustedes que quien peor escribe en España es la Academia, la Real Academia Española, encargada, según ella dice, de limpiar, fijar y dar lustre al idioma patrio.

Pero aunque lo saben ustedes hace ya mucho tiempo, no será malo recordárselo, para que no se les olvide.

Y tampoco será malo advertir á ustedes, para evitarles algún susto, que el escrito que vamos á examinar ahora pertenece á la Academia referida.

Como que es la reseña de un acto académico solemne, y es cosa bien averiguada que la Academia no fia á nadie el encargo de cantar sus glorias, sino que lo hace por sí misma.

Y hace bien, porque si no las cantara ella, no las cantarían nadie.

Que es el caso de aquel Benito que escribió su vida á los siglos por venir é hizo exclamar al autor del epigrama:

Bien hizo el autor maldito.
Pues si él no la hubiera escrito,
¿Quién la había de escribir?

Así lo entiende la Academia, y por eso, ya se sabe, al concluirse cualquiera sesión, uno de los Académicos asistentes á ella escribe el suelto laudatorio para enviarle á *La Correspondencia* y demás periódicos de gran circulación, le lee en voz alta, se aprueba después de alguna enmienda que le empeore algo si es posible, y se remite á las redacciones con el sello de la casa.

Bueno: pues ahora, teniendo ustedes presente que la Academia escribe peor que nadie, y estando advertidos de que el escrito que se va á leer es de la Academia, ya podemos empezar la lectura sin peligro de que ninguno de ustedes se caiga de espaldas.

Porque ya están sobre la suerte.

El suelto, ó más bien el articulejo de referencia, porque es casi un artículo, salió con dos rótulos. El primero dice: *En la Academia Española*, y el que está debajo: *Premios á la virtud*.

Y empieza:

«Ayer celebró la Academia Española sesión solemne y pública para repartir los premios de la Fundación denominada de San Gaspar, que está regida por aquella *docta corporación...*»

Aquí está el sello de la casa, de que hablé hace poco.

Porque nadie llama ya *docta corporación* á la Academia, más que la Academia misma, ó algún aspirante.

De modo que no cabe dudar de la autenticidad del escrito.

Sigamos:

«...aquella *docta corporación*, encargada de *determinar* las personas necesitadas ó las de acrisolada virtud y merecedoras de las donaciones y recompensas de la Fundación.»

El estilo es... la Academia. Parece que las personas necesitadas han de ser *determinadas* aun cuando no sean *merecedoras*, y en cambio las de acrisolada virtud necesitan además ser *merecedoras* por algún otro capítulo, pues dice: «ó las de acrisolada virtud y merecedoras de las donaciones...»

También parece que las personas *necesitadas* no pueden ser de *acrisolada virtud*, pues dice: «las personas necesitadas ó las de acrisolada virtud...» Clase distinta.

Un poco más abajo se lee:

«El Sr. D. Santiago Liniers (el académico, que atribuyó á Ciceron este desatino: *¡Quosque tandem!...*) leyó una relación de los trabajos practicados para cumplir los fines de la fundación de San Gaspar.»

Relación que tendría bastantes *quosques*, particularmente si su autor se metió á echar latines.

Pero sigamos leyendo la reseña académica que dice:

«Ocho han sido los premios acordados, todos los cuales son dignos de ser expuestos individualmente.»

¿Los premios son los dignos, ó los premiados? ¿Qué dignidad podrán tener los premios? En fin, téngase en cuenta que es la Academia quien escribe y sigamos leyendo:

«Tres personas han sido premiadas con mil pesetas.»

—De manera que habrán tocado á cada una trescientas treinta y tres pesetas con treinta y tres céntimos. ¿No es verdad?

—No, no es verdad, lector amable, se equivoca Ud. si así lo cree.

También me equivoqué yo creyendo lo mismo que ha creído Ud., hasta que supe por otro lado que á esas tres personas las correspondieron á cada una mil pesetas.

Porque en realidad no fueron premiadas

las tres personas con mil pesetas, sino con tres mil, ó sea con mil pesetas cada una. Que es lo que quiso decir, y no supo, el académico redactor de la reseña.

Adelante con ella.

«Tres personas fueron premiadas con mil pesetas y cinco con quinientas.»

Cada una. Conste que hacia falta decirlo. Y sigue el Comelerán de tanda:

«Los agraciados fueron:

Lucía Robledo y su esposo...»

Otra vez el sello de la casa.

Porque esto de *esposo* en lugar de marido, también es muy académico, ó muy cursi, que viene á ser lo mismo.

«Lucía Robledo y su *esposo* Tomás Rubio, por asistir, siendo *pobres verdaderos*, doce años á la madre de la primera, anciana, ciega y parálitica.»

¡Qué construcción!... ¡Qué laberinto de entrecomados!... Si por casualidad se olvida una coma, ¡cualquiera entiende quién es esa madre de la primera anciana!... ¡Cualquiera deja de entender que Lucía y su *esposo* fueron *pobres verdaderos* doce años, y pobres falsos... alguna otra temporada!...

Otro *agraciado*... con la mala sintaxis de la Academia:

«Isabel Ayuso, dedicada con extrema es-

casez de bienes, á cuidar á una hermana paralítica más de *treinta años*.»

Tampoco se sabe si estos *treinta años* largos corresponden á la parálisis de la hermana de Isabel, ó á la extrema escasez de bienes con que ésta se dedicó á cuidar á la otra.

Y luego ¡vaya un elemento para cuidar con él á una paralítica, la extrema escasez de bienes!... Dedicada *con* extrema... á cuidar...

Cualquiera que no fuera académico hubiera expresado el pensamiento en muy distinta y mucho más clara y más natural y más sencilla forma.

Vamos adelante:

«Rosalia García, de Caldas de Reyes, *después* de cuidar, siendo pobre, de sus hijos, ha pedido para atender á los pobres.»

Nada, no mejoramos nada... ¡Después de cuidar, siendo pobre, de sus hijos!...

¡La Academia sí que es pobre de entendimiento!...

Y continúa:

«Felipe Rodríguez reparte las escasas monedas de su trabajo...»

¿Las monedas de su trabajo?...

¡Si, repartiendo premios á la virtud, hubieran premiado estos académicos á algún monedero falso!...

Lo digo porque parece que se trata de un particular que trabaja en hacer monedas y las reparte. Y como la fabricación de moneda legitima corresponde al Estado...

Pero lo mejor es esto que sigue:

«José Ruiz, tipógrafo, de *setenta y nueve años*, atiende á sus cuatro hermanos mayores, los cuatro *sexagenarios*.»

¿De veras?... ¿Está usted segura, señora Academia, ó *señora docta corporación*, como usted se llama? Mírelo usted bien... Si casi no puede ser eso...

Tener *setenta y nueve años* José Ruiz, ser *mayores* que él sus cuatro hermanos y ser *sexagenarios* los cuatro...

¡Vamos, que hace la Academia unos descubrimientos!...

¿Qué creará ella que es ser *sexagenario*?

El álbum de Mondariz.

No sé por qué los enfermos que acuden á un establecimiento de aguas minerales en busca de alivio, han de desahogar el mal humor con la literatura, que no les tiene la culpa de sus dolores.

Pero ello es así.

En todo balneario cuyo dueño conozca un poco la aguja de marear, es decir, que esté al tanto de lo que es la vanidad humana y de las varias maneras de explotarla, suele haber un álbum donde los bañistas tentados á escribir consignan lo primero que se les ocurre, ó lo último, para delicia y admiración de sus sucesores en el uso de las aguas, para prosperidad del establecimiento y para ruina del buen gusto.

Verán ustedes qué cosas se han escrito en el álbum de Mondariz estrenado hace una docena de años.

Tras de una modesta introducción suscrita por el médico director del establecimiento, en la que, naturalmente, ensalza con fervor las virtudes medicinales de las aguas, vienen unas reflexiones de D. Nicolás Salmerón, que no he tratado de leer porque están escritas con mala letra, y además porque no sé traducir el sanscrito, digo, el krausista.

Lo que sigue son unas expansiones del señor Alonso de Beraza, que es inteligente en hacienda y en música, pero que en poesía descriptiva resulta flojillo.

Empieza así:

«Escondida entre peñas encuentra el caminante la fuente que apaga su sed, le da nuevo vigor y nuevo aliento.

»Escondida entre montañas encuentra la humanidad doliente...» la fuente...

Bueno; el autor dice «las aguas medicinales», por no repetir el encuentro de la fuente en los dos párrafos; pero lo podemos llamar hache, porque al cabo las aguas medicinales de una fuente manan. Y de todos modos la comparación no puede ser más perfecta... ni más sosa.

¿Hay cosa más natural que el que el encuentro de una fuente se parezca al de otra?

El párrafo que sigue resulta inocente también.

«Hállalas en otras partes (las aguas medicinales) sobre altos picos (esto no puede ser verdad) brotando en las enriscadas crestas (nada, que no es cierto, en las crestas no brotan las aguas) de un monte que se corona de nieves perpetuas. Aquí, en Mondariz se hallan en las *llanuras del valle*, ocultas (¿las llanuras, ó las aguas?) entre frondosas arboledas.»

¿Creerá el autor que esto es filosofía?...

Aparte de que tampoco es verdad... ¡Buenas llanuras le dé Dios al señor Alonso!... ¡Pues si en todo el término municipal de Mondariz apenas hay otra llanura que el comedor del establecimiento!...

Sigamos.

«Cura ó alivia el agua mineral las dolencias del cuerpo, y recrea la vista (¿la vista no es el cuerpo?) y alegra el ánimo el fresco manto de verdor con que el valle se engalana (¡nuevecito!) y las grandes líneas de la montaña cubierta de *espesos pinares*.»

No son espesos, pero tampoco es feliz la unión de esas dos palabras. Espesos pi...

«Por eso (ahora vendrá lo interesante)... *Por eso*, cuando por virtud de estas aguas cede la dolencia y recobra su tranquilidad el espíritu, si al caer la tarde (muchas condiciones va poniendo) se *cruza* por las orillas

del río, *vagando* entre las masas de verdura...»

¿También es preciso que sea *vagando*?

Es de advertir que no se puede *cruzar* por las orillas del río sin cruzar por el río, y para esto es preciso mojarse, porque no hay puente. Se puede ir por la orilla del río; pero eso no es *cruzar*.

«...*vagando* entre las masas de verdura, creeriase que el viento entre los pinos y el río al deslizarse entre peñascos murmuran blandamente los *inspirados versos* de los *aires da minha terra*.»

¡Ahora sí que!...

Y esto *por eso*, es decir, por aquello, por aquellas paralelerías del principio; porque el caminante halla la fuente entre peñas y la humanidad doliente la halla entre montañas, y unas veces sobre los altos picos (¡cá!) y otras en las llanuras del valle ocultas... etc.

Todo para hacer un reclamo del impío y soso libro de Curros Enriquez, condenado por la Autoridad eclesiástica.

¿No es verdad que esto merecía pasar á la posteridad y no quedar oculto en el álbum, como las llanuras ó como las aguas entre las arboledas?

Por eso lo saco yo á luz ahora.

*
**

Viene un profesor *da escola medico-cirurgica* de Lisboa que se llama José Joaquin de Silva, etc., y dice:

«Este valle *risonho* onde brotan as agoas de Mondariz maravillosas pelos seus efeitos, recorda tanto as pittorescas paisagens da encantadora provincia do Minho do meu querido Portugal...»

Bueno: que Dios le dé á usted salud, si le conviene.

*
**

«Llegué, bebí, me curé»; — dice luego un desconocido parodiando á César.

Esto tiene gracia.

Pero ¡cuándo volveremos á encontrar otra!

*
**

No será esta:

«Después del país de Constantinopla y el Bósforo, no hay otro más hermoso y agradable en el globo que el de Galicia. La benignidad de su clima, sus puertos...»

Latoso, latoso...

«Anastasio Alvarez.»

*
**

«He venido á Mondariz, dice el siguiente: He venido á Mondariz (venga Ud. en hora

buena) sin esperanza de encontrar en él nada que me obligara á volver...»

«Pero... la variedad de panoramas...»

Otra lata: no siga Ud... Digo, Ud. puede seguir, pero yo no sigo.

* * *

«Depois de usar d'agoas mineraes em diferentes paizes e de nao ter obtido notabes melhoras nos meus padecimentos...»

Lata técnica. Porque el autor es un médico clínico de Lisboa.

No quiero decir cómo se llama, porque no le sirva esto de anuncio.

* * *

«A primera vez que veni á Mondariz foi em Agosto do anno pasado...»

Pues dele Ud. un recado.

* * *

El que sigue:

«Mondariz no es solamente un valle encantador que acredita el extraordinario esfuerzo de la Naturaleza...»

Incrédulo ¿eh?... Bueno, pues quédese usted con Dios.

Digo, con la Naturaleza.

* * *

Cinco portugueses vienen diciendo uno tras de otro las generales de la ley; vamos, las simplezas generales.

Y luego sobre la firma prosaica de uno de nuestros ex-ministros de tan triste recordación como todos, hay unos renglones en que el propio interesado dice que á las aguas de Mondariz debe «el haber podido servir segunda vez á la patria.»

¡Pobre patria!

Y vean ustedes por dónde las aguas de Mondariz resultan culpables de que aquel ex-ministro reincidiera.

* * *

Y salta otro enfermo que dice:

«Crió Dios un paraíso para uso (para-iso, para uso, ¡qué monada!) exclusivo del gallego, y este ingrato se colocó los zapatos á la espalda y se repartió por el mundo.»

¡Hombre! ¡bien!

Examinaban de táctica á un sargento y le dijo uno de los examinadores:

«Figúrese Ud. que va Ud. solo por una carretera y ve Ud. venir una columna enemiga en dirección contraria; ¿qué haría usted?

—Pues... echarme fuera del camino y desplegarme en guerrillas.»

Del mismo sistema del sargento es este bañista.

Y no paran aquí las cosas, sino que dice que el gallego con los zapatos á la espalda «*se repartió* por el mundo, pregonando que en su paraíso la serpiente era el hombre!...»

¡Qué ingenio!

¡Cuánto siento que esté borrada la firma!

* * *

Sigue un Capitán general que empieza diciendo:

«Si los gobiernos y las autoridades se fijasen más en las riquezas que encierra el país que gobiernan...»

Se echarían sobre ellas en seguida.

Que es lo que suelen hacer aquí todos los gobiernos y algunos Capitanes generales.

De modo que más vale que no se fijen.

* * *

¿Quién es capaz de saber cuántas lágrimas petrificadas, cuántos pensamientos enquistados?...

—No siga usted—oigo que me dice un lector.—Esa es Doña Emilia indudablemente.

Y, en efecto, es Doña Emilia Pardo la ine-

vitable Emilia, como decía Zorrilla, la que petrifica las lágrimas y enquista los pensamientos con la misma facilidad con que hace volar á las garduñas.

«¿Quién es capaz de saber cuántas lágrimas *petrificadas*, cuántos pensamientos *enquistados*, cuántas noches de insomnio, cuántas horas de lectura disuelve la acción de estas aguas en las vísceras de la gente activa?...»

Pero, señora, ¿por qué descarrila usted así?

Ya, si hubiera usted seguido con la misma figura, petrificando las lágrimas y enquistando los pensamientos, para que sobre quistes y petrificaciones ejercieran las aguas su acción disolvente, si es que la tienen, mal y no tanto.

Pero eso de presentarnos á las aguas de Mondariz disolviendo noches de insomnio y horas de lectura, eso es ya una disolución espantosa.

¡Disolver noches de insomnio en las vísceras!...

¡Doña Emilia, Doña Emilia, Doña Emilia!

Omnis homo mendax. Esto ya no tiene enmienda. Como traducía aquella Abadesa que sabía muy poco más latín que usted, seguramente.

Y sigue:

«Fatigados del recio combate venimos á pedir á la naturaleza madre y reparadora que nos dé alivio...»

Y al llegar aquí se arranca con este apóstrofe:

«Doctor Pondal, ¿no es cierto que la mejor virtud *medicatrix* reside en la naturaleza misma?»

Esto puede ser una impiedad y puede ser una simpleza.

La mejor virtud *medicatrix*, como dice Doña Emilia, por no decir medicinal, como decimos los demás, reside en Dios, que la ha ejercido muchas veces personalmente y por medio de sus Santos y de ordinario la ejerce por los medicamentos. *A Deo est enim omnis mædella*, que dice la Sagrada Escritura: «De Dios viene toda medicina.»

Pero tomando la palabra naturaleza en buen sentido, ¿dónde quiere Doña Emilia que resida la mejor virtud *medicatrix* sino en la naturaleza, ó qué quiere decir con eso? ¿Acaso los medicamentos que se expenden en las farmacias no son también de la naturaleza? La ciencia no hace más que combinarlos, dosificarlos, como dosifica también las aguas minerales y las combina con la alimentación y con la higiene.

«Por eso yo quisiera—continúa Doña Emi-

lia—que aquí la gente, en vez de bailar, se acostase á las diez... Pero váyales usted con esto á los muchachos...»

¡Pero vaya unas consecuencias que saca Doña Emilia!

¿Conque... *por eso*? ¿Conque solamente por ser cierto que la mejor virtud *medicatrix* reside en la naturaleza misma, *por eso* quiere Doña Emilia que la gente se acueste á las diez? Pues no se ve la ilación.

Pero váyanla ustedes con ilaciones á Doña Emilia, que ni sin hache ni con hache supo nunca hilar, ni otras cosas que para escribir suelen hacer falta.

«Para ellos—sigue diciendo Doña Emilia,—para los muchachos, diversión; para nosotros, agua y más agua, sueño, ejercicio, leche y alguna discusión metafísica (¡dése Ud. tono!), que es muy difícil *quitarse* de los vicios arraigados.»

Lo verdaderamente difícil para Doña Emilia debe de ser el discutir de metafísica, pues no la ha estudiado ni la conoce más que de nombre.
